

EL COLEGIAL

AÑO I

240 x 160

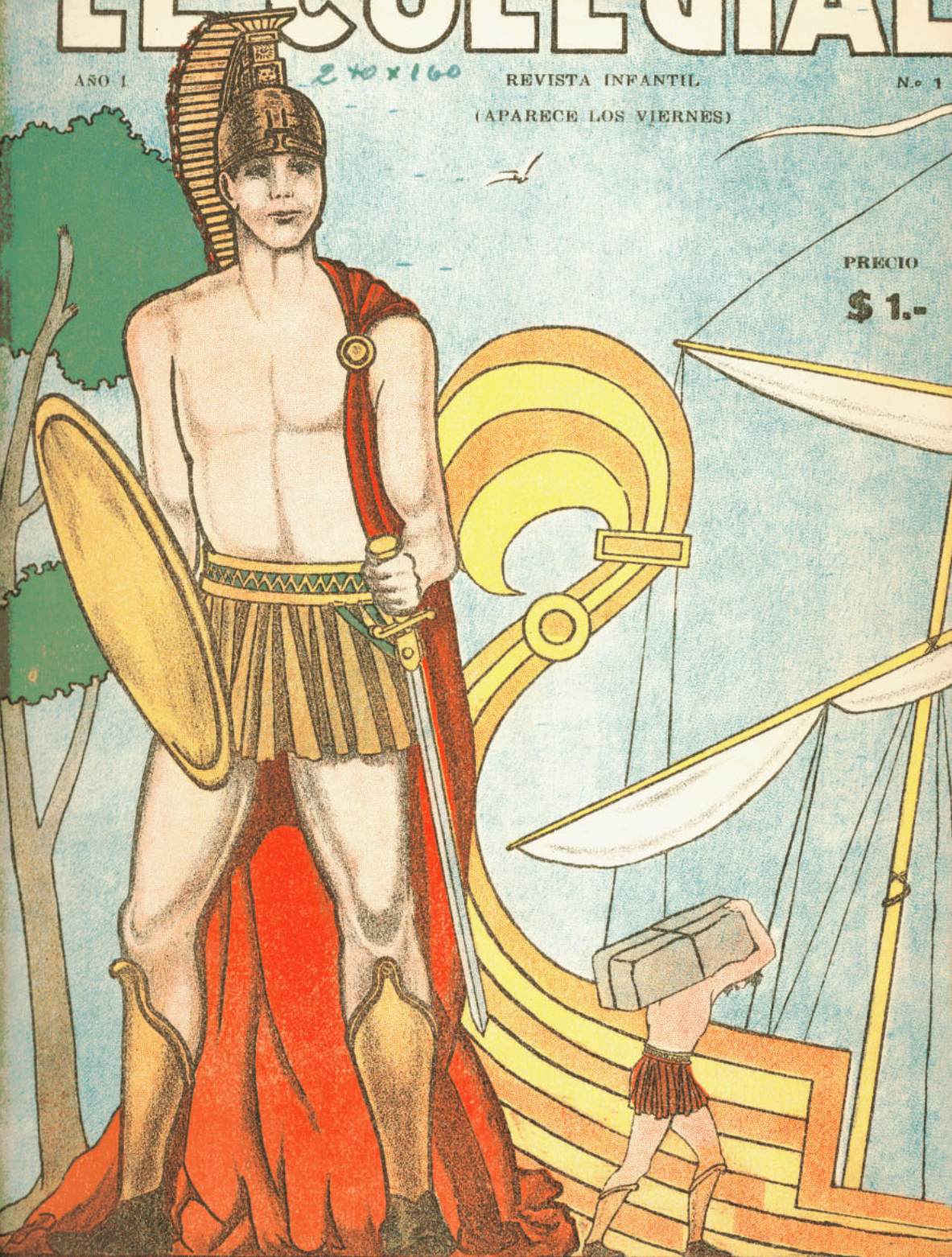
REVISTA INFANTIL

N.º 1

(APARECE LOS VIERNES)

PRECIO

\$ 1.-



FLORA Y FAUNA DE CHILE



Muchos son los niños que conocen los principales animales de la creación y también las plantas y frutas que nos alimentan, casi todas son extranjeras y han sido traídas a nuestro suelo donde se han aclimatado, pero son pocos los que conocen los animales y plantas propias de nuestro país y es en estas páginas donde semanalmente podrían encontrar siempre algo de la flora y fauna que los enseñará a conocer más nuestra querida Patria.

EL PEUQUITO

COOPERASTUR CHILENSIS .—Phil y Lambdb.

Las especies que comprenden esta familia son aves de rapiña diurnas. Siempre prefieren cazar presas vivas para su alimentación. Entre estas sobresalen por la gran utilidad que prestan a la Agricultura el Tiuque, que limpia nuestros árboles y campos de cuanta larva perjudicial; es una ave que nunca el hombre le pagará los beneficios que le presta a sus campos de cultivo. Las aves rapaces no sólo destruyen larvas de insectos nocivos sino también pequeños mamíferos perjudiciales, como lo hacen las Águilas que destruyen los Conejos y otros roedores, Reptiles, etc.

Estas aves son dignas de toda protección de parte del hombre, dado los servicios que ellas le prestan.

(APARECE LOS
VIERNES)

Casilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.
REVISTA INFANTIL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.-

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . . \$ 50.—
Semestral . . 25.—

AÑO I

N.º 1.—

PRESENTACION

Me presento como un nuevo amigo que hacía ya mucho tiempo que deseaba la amistad de ustedes y ante este primer contacto amistoso, me siento verdaderamente feliz. Porque seremos muy buenos amigos; así me lo dice el corazón. ¿Y cómo no ser buenos amigos cuando mis intenciones son las de mostraros, del mejor modo posible, muchas cosas que os gustarán porque serán agradables enseñanzas y sanos esparcimientos?

La emoción de la aventura, las inocentes picardías de algunos personajes que os daré a conocer, hechos heroicos, narraciones conmovedoras, pasajes de nuestra historia patria, vida de hombres célebres, jugarettas ingeniosas que os harán reír de buena gana, bellas estampas coloreadas y hasta entretenidas, noticias de vuestra vida escolar, todo eso encontraréis en mis páginas que siempre se abrirán hacia vosotros como brazos fraternales.

Por ahora, todo esto es lo que tengo que deciros, amigos lectores. Luego podremos cambiar ideas que servirán para engrandecer y amenizar más todavía la revista que se presenta ante vosotros confiada en vuestra generosa y comprensiva aceptación. ¡Os saluda y desea felicidades.

"EL COLEGIAL"



La Reina de las Nieves

Trata de un espejo y de sus fragmentos y de un mal geniecillo. Era uno de los peores; casi podía llamársele demonio. Un día se hallaba muy contento porque había inventado un espejo tan especial, que todas las cosas buenas y bonitas que se reflejaban en él, disminuían hasta casi desaparecer. En cambio las cosas malas y feas resaltaban y adquirirían su peor aspecto. Los paisajes más bellos, reflejados en aquel espejo, parecían espinacas hervidas, las personas más buenas eran horribles, se las veía cabeza abajo o bien no parecían tener cuerpo. Se les distorsionaban los rostros, hasta el punto que nadie habría podido reconocerlos y si tenían una sola arruga en la cara se extendía en todas direcciones. Al geniecillo, aquello le parecía en extremo divertido. Si un pensamiento bueno pasaba por la mente de alguien, en el espejo aparecía traducido en una mueca cosa que agradaba mucho al demonio. Todos los alumnos de la escuela de éste, porque en realidad tenía escuela, dijeron que se había producido un milagro. Por vez primera podía verse la humanidad en su verdadero carácter. Y corrieron de un lado a otro con el espejo y al fin no quedó quién no se hubiese mirado en él. Los alumnos quisieron subir al cielo, pero por más que se esforzaron por llegar, no les fué posible y al fin se les cayó el espejo. Al chocar éste contra el suelo, se

convirtió en millones y millones de fragmentos. Pero cada uno de ellos causó más daño que el espejo entero.

Algunos de esos fragmentos eran menores que un granito de arena y, al diseminarse por el aire, algunos fueron a caer a los ojos de la gente. Otros pedazos del espejo eran tan grandes, que pudieron utilizarse como verdaderos vidrios para ventanas. De otros fragmentos se hicieron cristales para gafas, y ocurrían cosas desagradables cuando alguien se ponía las gafas y quería obrar con justicia. El demonio, mientras tanto, se reía hasta destornillarse, pues le divertía mucho ver la serie de conflictos que había originado. Y algunos de aquellos fragmentos, por fin, quedaron flotando en el aire. Y ahora vamos a ver qué fué de ellos.

Acerca de un niño y de una niña

En una populosa ciudad llena de casas donde no hay espacio para jardines, la gente se ha de contentar con las flores cultivadas en tiestos. En una de esas poblaciones vivían dos niños, que por suerte tenían un espacio algo mayor que un tiesto a guisa de jardín. No eran hermano y hermana, pero se querían tanto como si lo fuesen. Sus respectivos padres vivían frente a frente, en dos buhardillas. En cada una de las buhardillas había un cajón ante la

La Reina de las Nieves

ventana saliente, en el cual se cultivaban algunas hierbas y un rosal. Cada uno de éstos crecía lozanamente, los habitantes de ambas buhardillas pusieron aquellos dos cajones sobre el canalón, de manera que aquello parecía un arriate. De los bordes de los cajones salían los tallos de los guisantes y los rosales habían rodeado con sus ramas los marcos de las ventanas. Aquello parecía un verde arco triunfante. Los cajones eran muy altos y los niños sabían perfectamente que no habían de subirse a ellos, pero, a veces, se les permitía instalar sus taburetitos al lado del rosal y allí se entregaban a deliciosos juegos. Como es natural, la llegada del invierno ponía fin a estas distracciones. Con frecuencia, las dos ventanas estaban cubiertas de escarcha, y los niños calentaban monedas de cobre ante la estufa para aplicarlos a los helados vidrios. De este modo se hacía transparente un pequeño mi-

rador circular y por él se contemplaban los dos niños. El niño se llamaba Kay y la niña Gerda.

En verano, de un salto iban a su mutuo encuentro, pero en invierno, para verse, les era preciso bajar y subir la escalera. Y en la calle había mucha nieve.

—Mira cómo vuelan las abejas blancas —decía la abuelita.

—¿También tienen reina? —preguntaba la pequeña Gerda que ya estaba enterada de esa circunstancia en las verdaderas abejas.

—Claro que sí —contestaba la abuela.— Vive donde la nevada es más espesa. Es el copo mayor de todos y nunca se posa en el suelo, sino que continuamente vuela al cielo. Muchas noches de invierno vuela por las calles, mira a las ventanas y entonces los vidrios se cubren de hielo en maravillosos dibujos como las flores.

—Sí, ya hemos visto eso —contestaban los dos niños.



No eran hermano y hermana, pero se querían tanto como si lo fueran.

—¿Podría venir aquí la Reina de las Nieves? —preguntó la niña.

—Que venga —replicó Kay— y la arrojaré a la estufa, donde se disolverá.

La abuela se alisaba el cabello y seguía contándoles cuentos.

Por la noche, cuando el pequeño Kay estaba ya en su casa y casi desnudo, se subió a una silla, al lado de la ventana y miró por el agujerito.

Vió caer algunos copos de nieve, y el mayor de todos fué a posarse sobre el borde del cajón de las plantas. Creció más y más hasta adquirir la corpulencia y la figura de una niña vestida de finísima gasa, que parecía formada por millones de copos resplandecientes. Era muy hermosa, pero toda de hielo, brillante y fría. Sin embargo, estaba viva. Sus ojos brillaban como estrellas y parecían muy inquietos. Miró a la ventana y agitó la mano. El niño se asustó y se apresuró a bajar de la silla; y luego tuvo la impresión de que por delante de la ventana pasaba volando un ave blanca y de gran corpulencia.

Al día siguiente, hacía muy buen tiempo, aunque todo estaba cubierto de escarcha. Luego empezó a licuarse el hielo y después llegó la primavera. Resplandecía el sol, empezaron a asomar algunos tallos verdes, las golondrinas construyeron sus nidos y la gente empezó a abrir las ventanas. Los dos niños empezaron a jugar en el jardín del tejado. Las rosas florecieron magníficamente aquel verano; la niña había aprendido un himno que trataba de las rosas y eso le hizo pensar en la suya. Y lo cantó al niño que pronto la acompañó:

Niño Jesús, te saludamos en el valle

Donde las rosas tejen sus coronas.

Los niños se cogían de las manos, besaban las rosas y se regocijaban del alegre sol. Y hablaban como si el Niño Jesús estuviese allí. ¡Qué hermosos eran los días de verano y qué agradable les parecía sentarse al lado de los lozanos rosales, que nunca parecían cansados de florecer!

Kay y Gerda contemplaban cierto día un libro de láminas en que había pájaros y mamíferos. El reloj de la iglesia acababa de dar las cinco, cuando Kay dijo:

—¡Oh, algo me ha golpeado el corazón y luego se me ha metido una cosa en el ojo!

La niña le rodeó el cuello con los brazos, él parpadeó y Gerda no pudo descubrir el objeto extraño.

—Me parece que ya ha salido —observó Kay.

Pero se engañaba. Era uno de aquellos granitos de cristal del espejo mágico. Supongo que todavía lo recordaréis. Al principio Kay le había entrado uno de aquellos fragmentos por el ojo, y otro fué a alojarse en el corazón, que en breve se transformaría en un pedazo de hielo. Y aunque él no lo sintió ya, el granito continuaba allí.

—¿Por qué lloras? —preguntó a Gerda.— Estás muy fea. No me pasa nada. ¡Qué cosa tan horrible! —exclamó de pronto.— En esa rosa hay un gusano y la del lado está muy mal formada. En realidad, son rosas muy feas y lo mismo puede decirse de esos cajones.

Y dió un puntapié al cajón, rompiendo, de paso, dos rosas.

La Reina de las Nieves

—¿Qué haces, Kay? —preguntó la niña.

Al notar el susto de Gerda, él rompió otra rosa y, echando a correr, se metió en su casa, dejando sola a la pobre niña.

Cuando ésta volvió a sacar su libro de láminas, Kay le dijo que sólo era propio para los niños de pañales. Y si su abuela les contaba cuentos, él siempre tenía un pero. Cuando le era posible, situábase tras del sillón de la anciana, se ponía sus gafas y la imitaba burlescamente. Pronto adquirió habilidad para imitar a numerosas personas de la calle.

—Será un muchacho muy listo, —decían algunos.

Pero todo se debía al pequeño fragmento de cristal que tenía en el corazón y el que tenía en el ojo. Por estas dos causas gozaba mortificando a Gerda que tanto lo quería. Jugaban ya a otros juegos y parecía ser mucho mayor. Cierta día de in-

vierno, cuando caía una gran nevada, sacó una lupa muy grande; extendió el faldón de su chaqueta azul y dejó que cayeran en él algunos copos.

—Ahora mira a través de la lupa, Gerda —dijo.

Los copos aparecieron muy aumentados y cada uno parecía una magnífica flor o una estrella de agudas puntas.

—Fíjate en la perfección de los dibujos —observó Kay.— Esto es mucho más interesante que contemplar las flores verdaderas. Además, en los copos no hay una sola falta de regularidad ni el menor defecto. Y serían preciosos si no se fundiesen.

Poco después apareció muy bien enguantado y llevando a cuestas sus trineos. Y gritó al oído de Gerda:

—¡Voy a jugar a la plaza, con los demás muchachos!

(Continuará)



La niña le rodeó el cuello con los brazos, y Gerda no pudo descubrir el objeto extraño.



¿QUIEN RAPTO?

CAPITULO I



1. Gran revuelo causó la llegada de la diligencia al pueblo de Roca Negra. Un joven elegante, pero de fornida apariencia, descendió del coche y entró en el hotel "El Aguila", cuyo propietario era el viejo Samuel Dean.

2. Samuel Dean miró al recién llegado por encima de sus anteojos y gruñó: ¿Forastero? — ¿No lo está usted viendo?, dijo el elegante joven sonriendo con cierta picardía. Me llamo Jeff Warren y he venido al Oeste para trabajar.



3. Mientras Samuel Dean se quedaba estupefacto, sin comprender que un habitante de las grandes ciudades viniese a trabajar al campo, el joven forastero entró en su habitación, abrió la maleta y sacó un magnífico traje de cowboy.

4. Jeff Warren se quitó la ropa de la ciudad y se puso el traje de cowboy con evidente satisfacción. Nada le faltaba, ni siquiera el cinturón con balas y el revólver de calibre respetable. Se miró al espejo y dijo: ¡Qué bien estoy así!



5. Y cuando Jeff Warren pasó de nuevo por delante del viejo Samuel, en dirección de la puerta de calle, los ojos del propietario se agrandaron desmesuradamente para demostrar su asombro. ¡Decididamente el nuevo huésped era extraordinario.

6. Apenas había puesto un pie en la calle, cuando le llamó la atención el ruido de una lucha. En el acto volvió la cabeza y vio con profunda indignación que un hombre estaba golpeando brutalmente a un muchachito. Los ojos de Jeff relampaguearon de cólera.

A HENSON?



7. Aquella desigual contienda no podía durar mucho tiempo. El niño fué derribado y desde el suelo decía al hombre:—¡Miente, Jake; mi padre no es un cuatrero! Jeff Warren echó a correr en dirección del grupo formado por el hombre y el niño.

8. En ese mismo instante el llamado Jake se preparaba para aplicar al muchachito un feroz puntapié, cuando la manaza de Jeff Warren acarició de un modo terrible y contundente su mentón. Al ver eso, el niño lanzó una exclamación de gozo.



9. El potente puño de Jeff derribó a Jake. Este exclamó furioso: ¡Me la pagarás, forastero! Y echó rápidamente mano a su revólver; pero Jeff fué mucho más listo que él y lo encañonó con revólver diciéndole:— ¡No moleste más al niño!

10. Mientras Jake se alejaba todo mohino del lugar, el niño dijo a Jeff: Ese es Jake Soames. ¡Gracias por su defensa, señor! Me llamo Jim Henson y mi padre es el administrador del rancho Doble V.— Esta declaración pareció turbar a Jeff.



11. Jeff se turbaba con razón, pues aquel muchachito era justamente el hijo del hombre a quien él venía a reemplazar como administrador, pues la Compañía Ganadera estaba muy descontenta con la actuación de Bill Henson. No lo creían honrado.

12. ¿Pero qué hacer? Jeff debía ir al rancho Doble V., para hacerse cargo de su puesto. Se dirigió a la cuadra del hotel y escogió el mejor caballo. Lo ensilló concienzudamente y se despidió del cuidador diciéndole que iba al rancho Doble V...

(Continuará)

Los dos huérfanitos

Presentamos la historia de dos hermanos huérfanos cuyos sufrimientos conmoverán profundamente el corazón de nuestros lectores.

CAPITULO I

Corazones angustiados

La voz de un hombre exclamó de mal humor:

—¡Por más que digas, mujer, el hecho es que estamos en la miseria!

—Paciencia, Francisco, ya vendrá la buena, respondió una suave voz de mujer.

—¡Ya he esperado demasiado!

Y como para dar mayor energía a sus palabras hizo pedazos el cigarrillo que apretaba entre los labios. Era un hombre de estatura mediana, ancho de espaldas. Era pescador y se llamaba Francisco Galleguillo. Su mujer Catalina, era gordita, de buen aspecto, aunque su rostro denotaba cansancio y tenía impresas las huellas de muchas privaciones.

Francisco lo había dicho: estaban en la miseria. Catalina sufría tal vez más que su marido y, sin embargo, era la más resignada. Verdad es que era mujer y en el corazón de toda mujer siempre hay una fuerza que la hace soportar valientemente muchos padecimientos, y esa fuerza es la abnegación.

Su choza construída en medio de Algarrobos, estaba situada no

muy lejos de la playa. Su interior estaba dividido en dos piezas; una servía de dormitorio y de comedor, y la otra de dormitorio a cinco muchachitos que dormían sobre unos camastros de tablas. En el muro se veían colgados unos cuadros representando santos. En un rincón, sobre una pequeña mesa, había una Virgen de bulto, con el Niño Jesús en brazos. Unas ramas de palma amarillentas y secas, recuerdo de la Semana Santa, servían de adorno a la sagrada imagen de la Virgen y el Niño.

—¿Qué me daría a mí de recoger a esos chiquillos huérfanos? Debo de haber estado tonto. ¡En la miseria que estamos y tener que alimentar dos bocas más...! ¿Acaso no tenemos suficiente con nuestros tres hijos?

—Pero cuando tú recogiste a los otros, no teníamos ningún hijo, Francisco...

—Es verdad. ¡Pero qué mala gente debió ser esa que abandonó a los pobres chiquillos para que otro se hiciera cargo de ellos!

—No hables tan fuerte que Damián y Paulina pueden oírte!

—Puedes ir a ver si duermen mientras tanto, yo hablaré hasta que me dé la gana de callarme.

Catalina se metió en la pieza con tigua, andando en puntillas.

—¡Están dormidos! Damián lle

Los dos huérfanitos

ga a roncar, dijo la mujer volviendo tranquilizada.

Pero Catalina se equivocaba. Ni Damián ni su hermana Paulina dormían. La colérica voz de Francisco no había dejado dormir al muchacho y éste había despertado a su hermana para decirle en voz baja:

—Escuchemos, están hablando de nosotros.

Y oyeron asustados las palabras que decían marido y mujer. Los dos niños estaban en edad de comprender muchas cosas. Catalina decía a su marido:

—Las dificultades te ponen de mal humor. Cualquiera al oírte diría que recogiste a esos niños por interés.

—Al principio todo andaba bien, mujer; los recogí porque tuve compasión de esas pobres criaturas. Ya ves que los mandé a la escuela del pueblo, mientras que nuestros hijos nunca fueron a ella y no saben ni leer ni escribir. Yo pensaba que algún día se sabría quiénes eran sus padres. Ahora Damián está crecido, podría ayudarme; pero no sabe ni remendar una red. Sólo sabe emborronar papeles. ¿Crees que haciendo garabatos va a ganarse la vida?

—No sé que te pasa esta noche, Francisco; casi estoy por creer que has tomado vino y se te ha subido a la cabeza. Es mejor que me acueste.

—Espera; tengo que decirte algo más respecto de esos dos chiquillos a quienes tú los has criado regalones.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué te ha dado con ellos? ¿Qué te han hecho?

En la pieza contigua, Damián y Paulina escuchaban, anhelantes, con el corazón oprimido por una ex-

traña angustia. Cada palabra del pescador parecía apretarles la garganta. El pescador respondió a la pregunta de su mujer:

—¿Qué me han hecho? Nada, ya sé que ellos no tienen la culpa de lo sucedido. Pero de todos modos, esta vida no puede seguir así. No es justo que nuestros propios hijos se mueran de hambre por causa de dos chiquillos que no son nada nuestro...

¿Qué daño hicieron esas palabras en el corazón de los pobrecitos abandonados! Sólo algunos minutos antes creían formar parte de esa familia en cuyo seno habían vivido siempre y ahora las palabras del pescador habían revelado un secreto triste, desgarrador. Las lágrimas acudieron a los ojos de los hermanos y ambos lloraron silen-



—¡Te digo que me los llevaré mañana, exclamó Francisco, con ademán decidido.

Los dos huérfanitos

ciosa y desesperadamente. Francisco Galleguillo seguía hablando, mientras su mujer se enjugaba una lágrima furtiva.

—Fuí a ver al señor cura y le conté toda la historia de esos muchachos.

—¿Y por qué no dijiste a mí antes que deseabas hablar con el señor cura?

—¿Para qué? ¿Para que me hubieses hecho un discurso? El señor cura dijo que yo había hecho bien en ir a verlo, me dijo también que yo era un hombre de corazón...

—Es que no te conoce bien.

—Bueno; yo le dije que, en verdad, eras tú la que tenías buen corazón y que los chiquillos se habían quedado en casa gracias a ti.

—Bueno. ¿Y qué te aconsejó el señor cura que hicieras?

—Me dijo que le llevara los muchachos y que él los cuidaría hasta que algunas personas caritativas se hicieran cargo de ellos.

—¿Y qué más? ¿Eso es todo?

—No; me dió diez pesos...

—Y pasaste a la taberna de don Segundo...

—Sí; pero tomé medio litro no más.

Y al decir esto, Francisco tiró sobre la mesa el dinero que le había sobrado. Catalina lo recogió y declaró con firmeza:

—Los niños se quedarán aquí.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído.

—Pues yo te digo que mañana se los llevaré al señor cura.

—¡Nunca!

—Lo veremos. ¿Quién manda aquí? Además, no puedes decir que he tenido mal corazón; pues si hubiese dado parte a la policía, los ha-

brían enviado a un asilo de huérfanos...

Catalina no respondió, pero su rostro reflejaba una amarga desesperación. No lloraba, sus ojos estaban fijos; pero su corazón de madre sangraba.

En la pieza vecina Damián y su hermana Paulina habían secado sus lágrimas y conversaban en voz baja, cuchicheando:

—¿Qué será de nosotros? decía Paulina. ¿Te dejarás llevar a casa del señor cura?

—No, respondió el muchacho resueltamente. Ahora que somos huérfanos nos tratarán como si fuéramos mendigos.

—¡Qué mala suerte! gimió Paulina. ¡Y yo que quería tanto a mamá Catalina!

—Yo también! aseguró Damián acongojado.

—¿Qué haremos, hermano?

—No nos queda más remedio que irnos de aquí.

—¿Pero, a dónde podemos ir?

—No lo sé; pero no nos queda más remedio que irnos lejos de aquí y esta misma noche.

—¡Qué desgraciados somos, Damián! lloriqueó Paulina. Tienes razón, debemos irnos. Pero me da mucha pena dejar a mamá Catalina.

—De todas maneras, si no nos vamos ahora, mañana nos separarán a la fuerza de mamá Catalina. Mejor es irnos por nuestra cuenta y ganarnos el pan con nuestro trabajo. Y cuando hayamos juntado bastante dinero, entonces volveremos para llevarnos a mamá Catalina y a nuestros hermanitos.

—Sí, Damián, vámonos.

Francisco y Catalina se habían acostado y ya el pescador dormía

Los dos huérfanitos

pues se sentían sus ronquidos. Los niños se levantaron sigilosamente, se vistieron poniéndose la ropa más gruesa que hallaron a mano, pues se acercaba la estación de invierno. Y cuando estuvieron listos, con los zapatos en la mano para no hacer ruido, se dirigieron a la puerta que comunicaba ambas piezas.

Estaban ya por salir los dos hermanos, cuando Damián retuvo a su hermanita y le dijo en voz baja:

—Espera, voy a ver si mamá está dormida.

Abrió suavemente la puerta de comunicación y vió que había luz en la primera pieza. A la luz de la lámpara la señora Catalina dormía con los codos apoyados sobre la mesa.

—Duerme sentada... Pobre mamá! susurró Damián.

Paulina se enjugó las lágrimas que corrían silenciosas por sus mejillas.

¿Haremos bien en irnos? pre-

guntó en un susurro la pobre niña.

—Ya no podemos vacilar, respondió Damián en el mismo tono.

En seguida, ambos hermanos lanzaron un beso de despedida hacia el sitio donde dormía la buena mujer. Cerraron otra vez la puerta y salieron por la ventana que daba al patio interior. Allí se pusieron los zapatos que hasta entonces habían llevado en la mano para no hacer ruido y escalaron la pequeña cerca que rodeaba la cabaña. De este modo salieron al camino y acompañados sólo por la luz de las estrellas, emprendieron viaje con rumbo a lo desconocido.

(Continuará)

Pobres huérfanos, juguetes de un destino desventurado, ¿qué nuevos sufrimientos les tiene reservado el camino de la vida? (No deje de leer la continuación de la conmovedora historia de estos pobres hijos sin padres.



Damián y Paulina deciden abandonar el Hogar.

HISTORIA GRÁFICA DE CHILE



1. Cuando llegaron por primera vez los españoles a Chile, los indígenas conocían algunos usos de la civilización incaica, pues los Incas del Perú habían logrado civilizar el país hasta el río Bío-Bío.



2. Más al sur del río Bío-Bío vivían los indomables indios araucanos que opusieron tenaz resistencia a las huestes civilizadoras del Inca Huaina Capac. Los araucanos, pues, siguieron viviendo libres.



3. Cuando más tarde llegó el valeroso capitán español don Pedro de Valdivia, pudo dominar fácilmente a las tribus más civilizadas que vivían en las regiones del norte y del valle central del país. Fundó la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, al pie del cerro Huelén.



4. Don Pedro de Valdivia resolvió organizar bien la ciudad que había fundado e hizo trabajar duramente a los indios. Estos, poco acostumbrados al trabajo, se sublevaron encabezados por el cacique Michimalonco.

(Continuará)

ENTRETENIMIENTOS

Adivinanzas

Nazco y vivo en la inclemencia
y en llegando a mi crecimiento
se me trata con violencia
por mi sustento y esencia...

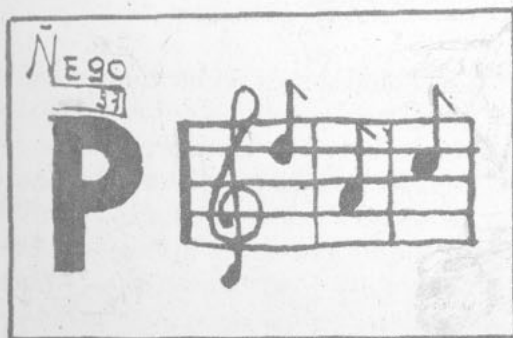
¿Quién es el que a su pesar
mete sus pies en los ojos
y sin causarle enojo
los hace al punto cantar?
El sacarlo es de gusto
pero a veces quien lo saca
no solo su mal aplaca
pues causa mayor dolor.

Charadas

Segunda cuarta, mendigo; tercera
cuarta en el mar; y mi todo un ma-
(mífero.

Segunda, tercera, un parque cono-
(cido;
primera tercera, en el correo;
y mi todo nombre femenino.

Mi prima y cuarta, flor; tercera y
cuarta, pecado capital; segunda y
cuarta flor; mi todo, Emperador
Romano.



Acróstico

A
R
T
U
R
O

P
R
A
T

Logogrifo

- 1 2 3 4 5 6 7 8.— Nombre de un Emperador.
3 4 5 6 8.— En las flores.
5 2 3 4 8.— En Groenlandia.
3 4 5 6 2.— Aparato.
3 6 8 7 5.— En los buques.
5 6 7 8.— Animal.
3 4 5 7.— En nuestro planeta.

3 2 1.— Alimento.
5 7 2.— Río de Chile.
8 7.— Negación

Damos hoy para las amiguitas de "El Colegial" algunos trajes de invierno que pueden aprovechar las niñas de 2 a 7 años. Para ellas hemos escogido dos lindos ensembles que comprenden, cada uno, bata y abrigo. Como pueden ver ustedes, son de una elegante sencillez.

La moda actual no pide que el abrigo y la bata sean del mismo te-

El abrigo puede ser cortado en paño espeso estilo angora; la bata puede ser cortada en paño igual si se la quiere bien abrigadora, o si no, en un crepé de seda del mismo matiz.

El otro ensemble que comprende el abrigo C. y la bata D, puede ser de un color más oscuro, pues está destinado a una niña de más edad.

LA MODA INFANTIL

Trajes de invierno



jido y color; al contrario, el contraste está autorizado y el abrigo y la bata pueden ser de matices diferentes, siempre, por supuesto, que ambos colores se armonicen.

Los colores claros son lo que sientan mejor a las niñas, por ejemplo, azul pálido o rosado, o verde pastel, para el ensemble que comprende la bata A y el abrigo B.

Los colores más convenientes son el azul marino, el beige, el rojo y el verde botella. También puede ser confeccionado en género de lana o de seda. Pero en todo caso resultará mejor cortar el abrigo en género de lana y agregarle un cuellecito de piel.

Marieta



La Nave y sus Tripulantes

Pelias, rey usurpador que imperaba en Jolcos, consultó el Oráculo deseando saber si su dominación sería duradera, y el Arúspice, tras de llevar a cabo la ceremonia ritual, respondió:

—Soberano señor: la Fortuna te será contraria. El pueblo, ingrato a tus beneficios, anhela tu destronamiento. Conocerás a tu sucesor en esta señal: se presentará ante ti con sólo un pie calzado.

Quedóse meditabundo Pelias oyendo este pronóstico, y algún tiempo después llegó a su palacio Jasón, hijo de Esón, rey legítimo de Jolcos y su esposa la reina Alcímeda, con objeto de reclamarle el cetro. En su adolescencia, Jasón, que demostraba grandes aficiones marítimas, bañándose frecuentemente en el Egeo, fué educado por el centauro Quirón. El hado permitió que el muchacho al vadear el río, perdiese una sandalia que quedó enterrada en el fango, por lo cual apareció ante Pelias con un pie desnudo.

Advertido el Rey por el Oráculo (y del cual Jasón no tenía conocimiento), prometióle espontáneamente la herencia de su reino, pero le puso por condición emprender un largo viaje por mar, y rescatar el vellocino de oro que Frixo había dejado en poder de los cólquios.

Invitó a Jasón al banquete en el

que se honraría al dios Neptuno y otras deidades del Olimpo.

—Narradme, ¡oh, noble señor! —exclamó Jasón, satisfecho de la cordial acogida de Pelias— la historia del vellocino y las circunstancias en que fué perdido.

Meditó Pelias unos instantes, y luego repuso con acento majestuoso:

—Voy a satisfacer tus deseos. Atiende con cuidado. Atamante y Néfele tuvieron dos hijos: Frixo y Hele. Perseguidos éstos por las asechanzas de su cruel madrastra, quisieron alejarse de Grecia, utilizando para ello un carnero de vellón de oro, donativo del dios Mercurio.

—Permíteme, ¡oh rey!, que te interrumpa, pues tu narración me interesa sobremanera. Algo había oído referente a esos hermanos, pero el relato llegó a mí, confuso. ¿Lograron escapar a los furiosos de su cruel enemiga?

Meditaba Pelias la respuesta, combinando en su imaginación las trazas que hicieran imposible el cumplimiento de las condiciones, y contestó así:

—Abandonaron ambos hermanos las costas de Grecia, mas en su fuga, Hele cayó al mar, recibiendo por las aguas que franquean el misterioso Ponto Euxino, en honor de la doncella, el nombre de Helesponto. Frixo continuó su marcha hacia la Cólquide, en la que reinaba entonces Etas; allí sacrificó el carne-

ro a Júpiter y su piel, cubierta de vellón áureo, quedó colgada en las ramas de una encina sacra.

—¿Qué he de hacer yo? —interrogó el mancebo.

—Has de ir a esa región misteriosa y traer el vellocino de oro. A tal precio, sin derramamiento de sangre, te otorgaré el cetro que perteneció a tus antepasados.

—¿Y qué medios pondréis, ¡oh rey!, a mi disposición para que pueda realizar la temeraria empresa?

Sonrió el monarca al ver que su astucia despertaba las ambiciones de Jasón, y continuó así:

—Te daré una hermosa nave, y llamarás para que la tripulen, a hombres de todos los confines de Grecia; ellos se denominarán como tú, argonautas, pues Argo será el apelativo de la nave que te ofrezco.

Las palabras del rey henchieron de entusiasmo el pecho de Jasón, quien sin perder tiempo, convocó a héroes y semidioses. El primero en acudir fué Orfeo, quién, pulsando su lira mágica, hizo que las verdes hayas que bordeaban las riberas del mar de Tracia, fuesen descendiendo una tras otra, a ofrendarse para ser cortadas en tablones.

Vino enseguida Eufemo, andarán de pies veloces, que humedeciendo apenas sus sandalias, no sólo corría por los senderos de la montaña, sino que vadeaba ríos y torrentes.

También acudió Anceo, como el anterior, hijo de Neptuno, gran conocedor de las artes náuticas, por lo que su concurso debiera ser en extremo eficaz para Jasón y sus compañeros, Augias rey de Eleas,

no se detiene a pensar en su altísima jerarquía, y va como simple tripulante a ofrecerse a los aventureros del Argo, orgulloso de prestar su concurso a tan temeraria expedición.

Preséntase más tarde Polifemo, el vencedor de los centauros, que ya anciano, conservaba aún el bélico ardor con que luchara en años juveniles. Y sin que nadie le llame aparece Astorio, abandonando su palacio edificado en la falda del monte Feleyano. Sigue a éste Idmón, el último de su raza, que se alista con voz vacilante, pues el Oráculo le ha hecho saber que morirá en desiertas soledades y muy lejos de las costas de Grecia.

El patrio suelo y el lago azul en



Los Argonautas

que reflejase su morada, abandona Mopso, a quien el arte de adivinar, investigando el vuelo de las aves, aprendió en el santuario de Apolo. También a él, las predicciones le auguran un luctuoso fin al que no podrá sustraerse.

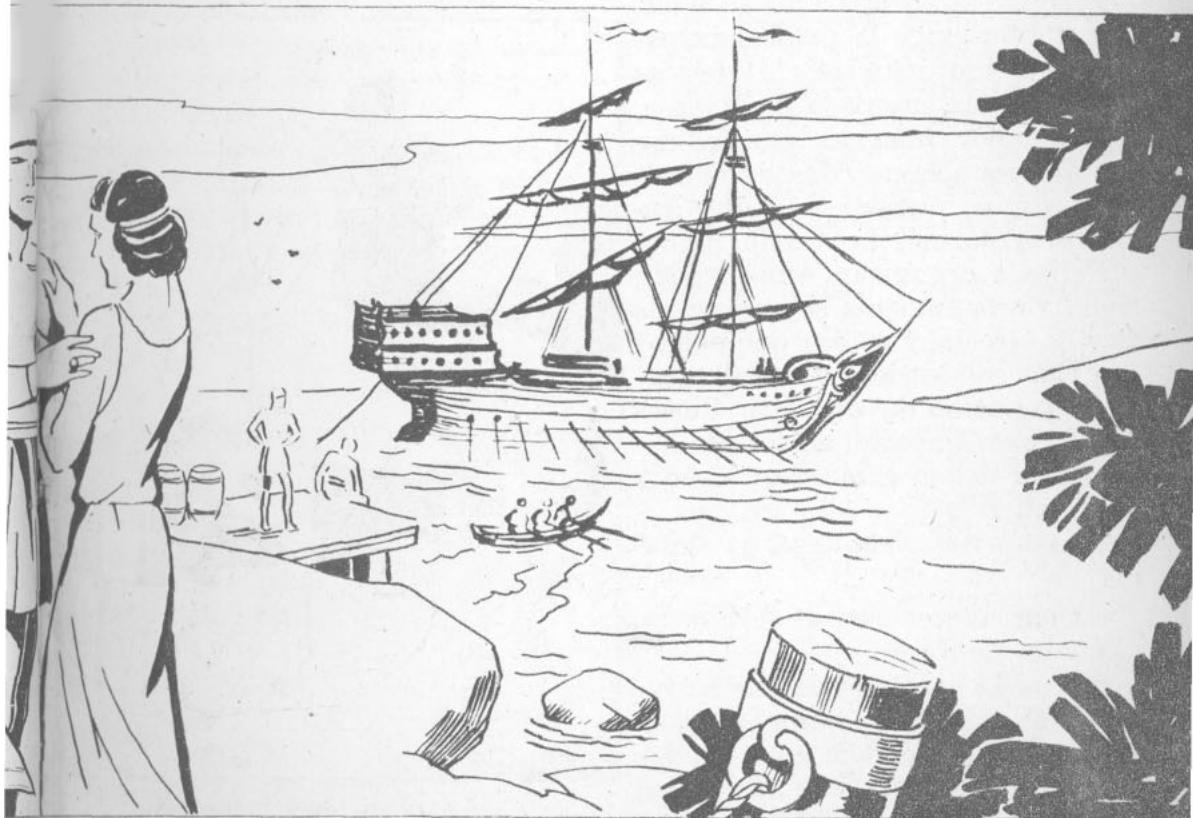
En pos de estos héroes aparece Telamón, uno de los hijos más ilustres del Atica, que vió el día glorioso de la batalla de Salamina y que luego atraído por la fertilidad de la comarca, se estableció en la Tesalia, que ahora abandona por el Argo.

Hércules no pudo desoír el llamamiento de Jasón, aunque tuvo conocimiento de el cuando regresaba de la Arcadia, cargando sobre

sus hombros atado y vivo, a un monstruoso jabalí, azote del país, y después de desligar los lazos y cadenas que sujetaban el monstruo a sus fornidas espaldas, determina tomar parte en la aventura y hace que le siga Hilas, escudero que tiene costumbre de cuidar de la clava, el arco y las armas del semidios.

No fué el último en presentarse Tifs, el piloto, hábil en descifrar por los astros, la ruta de los mares y avezado navegante que más de una vez contempló las fauces del abismo abiertas para tragarle.

El conoce acertadas maniobras para henchir las velas de las naves, saber prever las borrascas, sus-



Los Argonautas

traerse a los embates de las olas en-crespadas y a los rudos golpes que asesta el vendaval en la negrura de las noches.

Hubiera quedado sordo al llamamiento de Jasón, a no ordenarle la diosa Minerva que se uniera a los argonautas, y que construyera la nave, según los planos divinos, resultando el bajel más perfecto de los que cruzasen los mares.

Entre los hombres preclaros que aparecieron para tripularla, estaban Cástor y Pólux, así como Cantho, a quien no detiene el anuncio que le hace el Oráculo de su muerte en lejanas tierras. Muchos de los camaradas pertenecían como Jasón a la raza excelsa de los minios.

Terminada de aparejar la nave, con cuanto exige la prudencia para viaje tan incierto, los héroes marchan a la ensenada de Pagasa, seguidos por inmensa muchedumbre que les aclama. Más de uno de los testigos, piensa: "Júpiter Inmortal: ¿qué móvil nefando, induce a Pelias a organizar esta expedición? En la empresa se arriesga la flor de Grecia, y no hay que pensar que Etas condescienda en entregarles el vellocino de oro. ¡Oh dioses del Olimpo, amparad a los argonautas en el árduo camino que ahora emprenden".

Una mujer adelántase, y exclama:

—Compadezcamos a Alcimeda, la madre de Jasón.

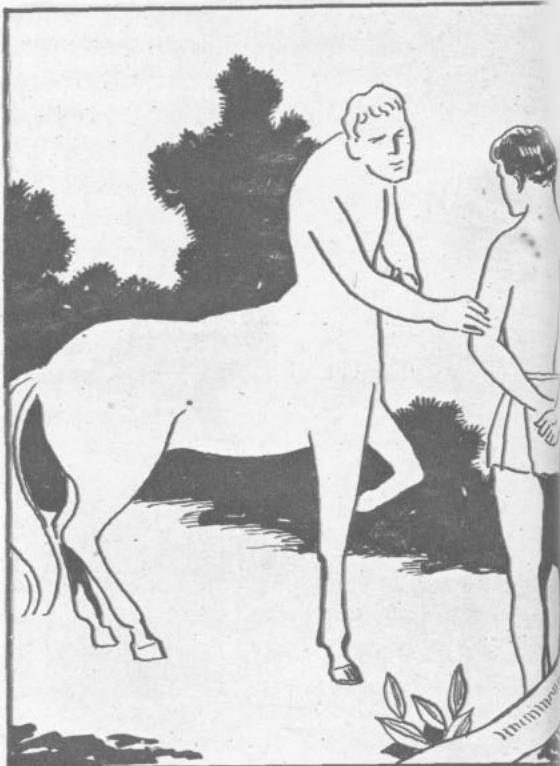
Alcimeda enterada de que su hijo marchará a la Cólquide, trata de disuadirle, haciéndole comprender que todas las alegrías de madre que le proporcionaron sus hazañas, no compensarían la amargura en que

su pérdida iba a sumirla. Jasón la consuela con estas palabras:

—Te ruego, ¡oh, madre! que no trueques mi bravura en desaliento, y aunque el dolor te agobie, sufre con espíritu varonil; confía en Minerva, permanece en tu estancia, y no poses tu planta cual ave de mal agüero sobre las tablas de mi nave.

Alejóse el doncel con paso rápido, y se dirige al Argo, rodeado por muchos hombres que le aclaman.

Los héroes formados en dos filas, le aguardan, destacándose Acasto, que viste rico manto de vivos colores, regalo de su hermana Palopia. Jasón, silencioso, va señalando asiendo a su conmlitones, y éstos se colocan unos en taburetes, y



En su adolescencia Jasón había sido educado por el centauro Quirón.

Los Argonautas

otros en una antena que envuelve la vela aferrada. Luego se expresa así:

—Ya está armado nuestro bajel: en él hemos reunido cuanto consideramos preciso para nuestra larga navegación y debemos zarpar de la ensenada tan pronto sople una brisa favorable. No os oculto, amigos míos, los peligros que habréis de correr, no sólo en la ida, sino al regresar al Peloponeso. La asamblea designará al jefe, a quien se obedecerá en cuanto mande.

Los argonautas vuelven los ojos hacia Hércules y con entusiasmas vítores, le aclaman por su caudillo. Levántase el dios de la fuerza, y con voz tonante grita:

—No puedo aceptar tal honor, y además, os vedo cualquier otro nombramiento. Reconoced por capitán, cual yo lo hago, a este gallardo mancebo.

Estremécese Jasón de gozo al escuchar tales palabras que colman sus más recónditos anhelos, y la multitud le vitorea, rogándole que les arengue.

—Acepto el mando —exclama Jasón erguido— y sé los deberes que justifican los honores. ¡Basta

ya! No se retarde nuestra partida, mas antes de celebrar el banquete, ofrezcamos un sacrificio a Apolo, encendiendo ante su ara el fuego propiciatorio. Mis mayordomos sacarán de mis establos para este objeto, los bueyes más preciosos; revisad vosotros las velas y la obra muerta, y que se ajusten con precisión los remos.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—He ido a Delfos, a consultar el Oráculo de Apolo; le he nombrado nuestro númen tutelar y él nos enseñará la ruta del océano.

Dichas estas palabras, despéjase Jasón de sus ropas, lo mismo hacen sus compañeros para aligerar la última faena del Argo, y lánzanse al mar. Circundan la nave con un cable por todos los bordes, ajustan las tablas y levantan una grada para que se deslice la quilla. En seguida, los remeros ocupan sus puestos, y Tífis, el piloto, dirige la maniobra, animándoles con frases enérgicas.

Y está listo el Argo para zarpar...

(Continuará)



RAQUELITA CURBIS R.



ANA LUCY CIFUENTES



ALICITA VEGA VERGARA



Lindor el

CAPITULO I



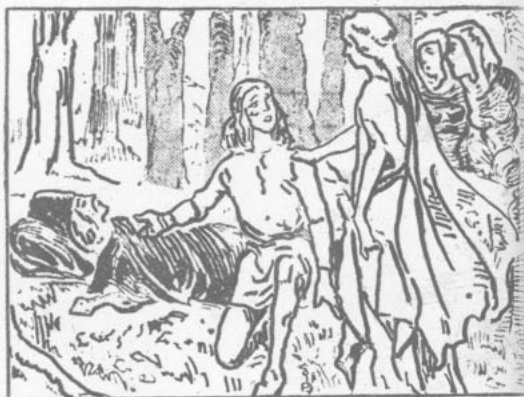
1.—Una mañana de otoño caminaban por la polvorienta carretera que conducía al castillo de Logroño, dos trovadores errantes que iban de castillo en castillo cantando para ganarse el sustento y divertir a los señores. De pronto el más viejo vaciló sobre sus piernas y ayudado por el joven se recostó sobre la hierba.—Descansa, padre, dijo el joven, no estamos muy lejos del castillo e iré a pedir ayuda.—¡No, no, hijo mío!, murmuró el viejo. Siento que todo ha concluido para mí.



2.—Me quedan pocos instantes de vida y debo revelarte un secreto que no quiero llevar conmigo a la tumba. El joven se sentó junto al anciano, pensando que su padre deliraba. El anciano prosiguió con voz entrecortada:—Hijo mío, no creas que mi mente esté turbada; estoy lúcido y lo que voy a decirte es la estricta verdad, lo juro por Dios ante cuya Majestad voy a comparecer dentro de poco. Tú no eres el hijo de un menestral como...!—¡Qué dices, padre mío!, exclamó el joven asombrado y muy inquieto.



3.—Sí, respondió el anciano: tú no eres mi hijo; eres hijo del barón de Sagremor. Tu padre fué traídoramente asesinado y desposeído de sus bienes por su falso amigo el señor Faunas. El traidor había decidido matarte a ti también; pero su escudero tuvo compasión de ti y te confió a mi cuidado, haciéndome jurar que nunca revelaría tu verdadero nombre. Ahora que lo sabes todo, puedo morir tranquilo. Los ojos del anciano se cerraron un momento y luego volvió a abrirlos y sus labios murmuraron:



4.—¡Venga al barón de Sagremor, venga a tu padre! — ¡Lo juro!, respondió el joven. — ¡Adiós, Lindor, hijo mío!, murmuró una vez más el anciano y exhaló el último suspiro. Y mientras el joven se abandonaba a su dolor y a su desesperación, una mano delicada se apoyó en su hombro y una voz dulce pronunció estas palabras: ¿Por qué esas lágrimas, joven trovador?—Lindor se volvió y contempló a una bellísima joven acompañada por dos doncellas. El joven le mostró el cuerpo de su padre y respondió:

Menestral



5.—Noble señorita, acabo de perder a mi protector.—¡Pobrecito!, murmuró la joven y volviéndose a una de sus doncellas agregó: Genoveva, vete al castillo y ordena a los arqueros que traigan una angarilla para transportar a este anciano muerto, a la capilla donde se le rendirán honras fúnebres. — Mientras la doncella se alejaba, Lindor se arrodilló y besó la mano de la dama. Pronto llegaron los arqueros conducidos por Genoveva, pusieron al anciano sobre la angarilla y se lo llevaron a través del bosque.

6.—Mientras tanto, la dama preguntaba al joven por su nombre.—Me llamo Lindor, señorita, para serviría como su humilde criado, respondió el trovador.— Bien, Lindor, replicó la dama, os quedaréis en el castillo de mi padre hasta el entierro de vuestro protector. Reteniendo sus lágrimas, el joven agradeció nuevamente a la dama. En el castillo, Lindor fué acogido con benevolencia por el barón de Logroño. Durante la noche el joven veló el cuerpo de su anciano protector y al día siguiente éste recibió sepultura.



7.—Lindor fué instado por el barón y su hija a que se quedara un tiempo más. — El joven estuvo tres días al cabo de los cuales fué a despedirse de Eliana, pues así se llamaba la bella joven, pidiéndole lo disculpara al tiempo que decía: No puedo quedarme, señorita, pues un deber imperioso me obliga a marchar para cumplir una sagrada promesa. Pero si logro salir con bien de mi empresa correré a este castillo. Lindor saludó y agradeció al barón y su hija las atenciones recibidas.

8.—Antes de alejarse, recogió una rosa que Eliana había dejado caer a sus pies y se marchó pensando en la encantadora Eliana y que jamás podría olvidarla. Mientras caminaba pensaba también en la manera de hallar al señor de Faunas. ¿Dónde podría encontrarlo? Además, él no tenía una espada para combatir y sólo sabía pulsar delicadamente las cuerdas de su instrumento. Así llegó Lindor junto a una vertiente y allí se sentó en una roca para descansar y restaurar sus fuerzas.

(Continuará)



LA INUNDACION

EN una aldea de la montaña vivía una mujer con su hijo. La madre tenía cincuenta años, y el hijo, Chou Cheng diecinueve. Los dos eran muy pobres y se ganaban la vida recogiendo leña.

Todas las mañanas Chou Cheng colgaba el hacha de su pértiga y se marchaba al bosque. Al mediodía ya había recogido una gran carga de leña y la llevaba a vender a la ciudad. Con el dinero que recibía compraba arroz, y regresaba a su hogar, donde la madre ya le tenía preparada la cena. Y mientras comía, contaba a su madre lo que le había sucedido durante la jornada. Cuando terminaba la humilde refacción, ya era hora de acostarse. A la mañana siguiente salía a buscar leña, como de costumbre, y la madre cocía el arroz comprado el día antes, comía parte de él y el resto lo guardaba para el hijo. De esta manera transcurrían los días.

Una mañana, Chou se encaminó a la montaña como de ordinario. La madre se había puesto a repasar la ropa cuando oyó afuera el penetrante sonido de un gong. Dejó la ropa, fué a la puerta para ver quién llamaba, y se encontró con un anciano mendicante.

—Somos gente pobre y no nos sobra el arroz —le dijo la buena mujer.— Debe usted ir a otra parte.

—¡Tengo tanta hambre! —exclamó el monje.— Déme, por piedad, parte del arroz que ha quedado en el pote.

La mujer se asustó al oír esto,

porque el pote estaba dentro de la casa y el monje no podía saber lo que contenía. Así es que, temiendo que fuera un santo, le dijo:

—El arroz que hay en el pote lo tenía reservado para mi hijo, pero si usted tiene tanta hambre, le daré la mitad. Espere un momento.

La mujer entró en la casa, puso la mitad del arroz en un escudilla y se lo llevó al monje.

—Voy a darle un buen consejo en pago de su buena acción —dijo el anciano cuando terminó de comer.— Cuando regrese su hijo, Chou Cheng, dígame que vuelva a la ciudad y compre algunas hojas de papel y un poco de harina. Con ello preparará una pasta con la que pegará papel y paja para construir una barca. Cuando los ojos de los dos leones que están frente al gran templo se vuelvan rojos, os embarcaréis los dos, porque esta tierra desaparecerá y quedará cubierta por un gran lago. Pero recordad esto: si veis nadando a vuestro alrededor gorriones, hormigas o culebras, podéis salvarlos; a los hombres y a los lobos, en cambio, no debéis ayudarlos de ningún modo. ¿Entendido?

Dicho esto, el monje se alejó.

La mujer miró al sol, y calculando por su posición en el cielo que su hijo no tardaría en regresar se entró en la casa, echó el resto del arroz en una escudilla y volvió a la puerta para esperar a Chou. Y como tardaba en aparecer entró de nuevo, limpió la ropa que acababa de remendar y, como el hijo no viniera

La Inundación

todavía, volvió a salir, y se quedó a la puerta.

El sol iba hundiéndose lentamente detrás de las colinas. Los pájaros, que ya se habían retirado a sus nidos, lanzaban su cántico nocturno. La mujer, cansada de estar tanto tiempo de pie a la puerta, empezaba ya a preocuparse por la tardanza de su hijo cuando le vió venir, y fué como si le quitasen un gran peso del corazón.

—¡Dáte prisa —gritó a Chou.— ¿Por qué vienes tan tarde? Después de cenar te daré algunas noticias.

—Ya he comido —contestó el hijo— Cuando bajaba de la montaña me encontré con un anciano que quiso comprarme toda la leña. No me preguntó el precio, pero me exigió que la llevase a su casa, que estaba a unas dos leguas de allí. Cuando dejé la carga, vi sobre la mesa una comida deliciosa, que el anciano me invitó a compartir. Al principio yo rehusé, pero él insistió en que comiera y, como tenía mucha hambre, acepté al fin. Temí que no me diera dinero, pero me pagó

doble de lo ordinario, y cuando le dije que tenía que ir a la ciudad para comprar arroz, me sugirió que le comprase a él una medida, y me la dió bien colmada.

Mientras hablaban, madre e hijo penetraron en la casa y, después de guardar el arroz, el muchacho preguntó a la madre qué noticias eran las que tenía que darle. Ella le contó entonces lo que el monje le había dicho acerca de la barca de papel y paja, pero el muchacho se mostró escéptico y preguntó:

—¿Cómo va a poder llevar gente una barca de papel?

—Eso no es cuenta nuestra —replicó la madre— El monje era realmente un santo, porque si no, ¿cómo iba a saber que tú te llamas Chou Cheng y que quedaba arroz en el pote?

Generalmente, Chou estaba de acuerdo con su madre, pero aquella noche pensó que se equivocaba.

A la mañana siguiente, Chou marchó a la ciudad a comprar lo necesario y, en cuanto regresó se puso a confeccionar la barca de papel y paja. Entretanto, su madre lavó el



El muchacho fué una y otra vez al templo para ver si los ojos del león se habían puesto rojos...

La Inundación

arroz, cocinó un gran pote, y luego otro como provisiones para la embarcación. Al mediodía la barca estaba lista, y Chou corrió al templo a mirar los ojos a los leones; pero estaban blancos como de costumbre. A las pocas horas volvió otra vez, y tampoco observó la menor variación. Y así estuvo yendo y viniendo hasta que su madre le dijo:

—Hoy ya es demasiado tarde para que se pongan rojos. Esperemos a mañana.

Durante la noche, ninguno de los dos pudo dormir, y se levantaron antes del amanecer. Chou se frotó los ojos y corrió al templo; mientras su madre empaquetaba la ropa y la ponía en la barca, junto con el arroz, una olla, una escudilla, una palangana y un cedazo, sin olvidar la vieja cama.

El muchacho fué una y otra vez al templo, pero continuaban sin enrojecer los ojos. Por la tarde, cuando realizaba la centésima visita, la gente le preguntó a qué era debido tantas idas y venidas. Y Chou contestó, sin dejar de correr, que eran para ver si los ojos de los leones se habían vuelto rojos.

—¡Qué tonto es Chou! —comentaron los jóvenes bromistas que le oyeron decir esto— ¿Cómo pueden enrojecer los ojos de unos leones de piedra? Pintémoselos nosotros y veremos lo que hace después.

Cuando Chou volvió una vez más al templo y observó aquella transformación, regresó volando a casa a comunicárselo a su madre. Acto seguido saltaron los dos a la barca, y apenas lo habían hecho se oyó un espantoso estruendo y, al volver a abrir los ojos, se vieron rodeados de agua por todas partes. La débil embarcación, no obstante, flotaba como un buque de veras, y quizá aun más sereno. Sólo que no tenía

timón y marchaba hacia donde le venía en gana.

Chou estaba tan espantado, que apenas podía pronunciar palabra. Pero su madre no hacía más que murmurar:

—¡Cuánta gente ha encontrado la muerte! ¡Qué desastre! El santo me dijo que si veíamos un gorrión, una culebra, o una hormiga, las podríamos salvar; pero que nos guardásemos de hacerlo con un hombre o con un lobo.

Acababa de decir esto cuando apareció nadando un enjambre de hormigas, y en cuanto estuvieron lo suficientemente cerca, las pescaron con el cedazo. A continuación se presentó una culebra, y Chou la rescató y la metió en la barca. Era casi de noche, pero no hacía frío alguno, aunque estaba cerca el otoño. Madre e hijo se sentaron en la barca y contemplaron el agua y después el cielo. Vieron entonces un gorrión que volaba sobre sus cabezas, y se prepararon para acogerle en la embarcación; pero la avecilla al ver gente abordo, se asustó y siguió revoloteando sin atreverse a descender.

—¡Gorrión! —le gritó Chou— ¡Baja y te salvaremos!

Pero el gorrión se remontó más y más, hasta que se le agotaron las fuerzas y cayó al agua. No lo hizo muy lejos, sin embargo, y Chou pudo cogerle con las manos. De pronto, la barca empezó a balancearse, y Chou al mirar a su alrededor, vió un lobo blanco agarrado a la borda, disponiéndose a saltar. Chou quiso hacerle soltarse a golpes, pero el lobo siguió agarrado, hasta que al fin dijo la madre:

—Déjale subir, hijo mío. ¡Pobre lobo. Después de todo, es también una criatura de Dios.



Refugiados en la barca, Chou vió a una culebra y la salvó.

Chou dejó de golpear al lobo y éste saltó de la barca. Al poco rato se aproximó un hombre nadando; venía completamente agotado, y Chou preguntó a su madre qué debía hacer.

—Sálvale —contestó la buena mujer— Como hemos salvado a un lobo, no podemos dejar que se ahogue un hombre.

La barca avanzó en dirección al naufragio, y Chou le tendió los brazos y le ayudó a subir. El hombre no tardó en encontrarse lo suficientemente repuesto para dar las gracias a Chou por haberle salvado la vida, y le preguntó su nombre y el de su madre. El suyo era Wu Yi, y de toda su familia, compuesta de cinco personas, únicamente él se había salvado, porque sabía nadar.

—No hables tanto, Chou —dijo la madre— Dale un traje viejo para que se cambie de ropa y venid después a comer.

Mientras comían, Wu Yi continuó diciendo:

—Nunca te agradeceré bastante el haberme salvado la vida. Como pequeña muestra de mi gratitud me gustaría llamarte “hermano mayor” pero no sé si te agrada-
rá esta idea.

Antes de que Chou tuviera tiem-

po de contestar, dijo la madre:

—La buena mujer muy acertada. Pero como Chou es mucho más joven que tú, él te llamará “hermano mayor”.

Wu Yi se arrodilló delante de la buena mujer y Chou lo aceptó como hermano; y los dos encontraron tantas cosas de qué hablar, que olvidaron por completo su desesperada situación.

Se había hecho de noche y por todas partes se extendía el mar hasta el horizonte. No soplaban el viento, pero la embarcación seguía navegando sin que ninguno de sus tripulantes sintiera la menor sensación de peligro. Chou dió de comer a los animalitos que había salvado y se fué a acostar. A la mañana siguiente, cuando se despertó, el sol estaba ya muy alto en los cielos y la barca había embarrancado en una playa. Chou saltó a tierra y miró a su alrededor, pero no vió rastros de seres humanos; solamente montañas y colinas. Volvió a buscar a su madre y Wu Yi les ayudó a transportar su humilde ajuar. Los animales se diseminaron en diversas direcciones, pero el lobo se hizo el remolón, como si deseara quedarse con sus salvadores.

(CONTINUARA)

Pasión y Muerte de Jesús

(De la “Vida de Jesús”,
por Fco. Valdés Vergara)

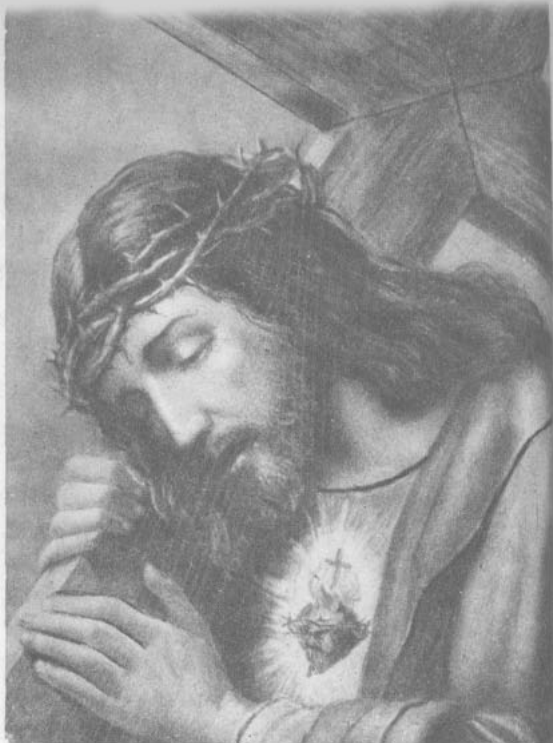
Sacado Jesús del pretorio, fué desnudado y cubierto con un manto de grana. Pusieron sobre su cabeza una corona de espinas y en su mano derecha una caña. Le hirieron y, con la rodilla postrada en tierra, le encarnecían, diciéndole: “¡Dios te salve, rey de los judíos!”

Después que se mofaron de El le quitaron el manto, le pusieron otra vez sus propios vestidos y le sacaron a crucificar. Al salir de la ciudad, encontraron a un hombre llamado Simón Cireneo, al cual obligaron a que cargase con la cruz de Jesús. Junto a Jesús eran conducidos también dos ladrones condenados a muerte.

Llegados que fueron al lugar llamado Gólgota o Calvario, allí le crucificaron, y con El a los dos ladrones, uno a la derecha, otro a la izquierda. Los vestidos de Jesús se los repartieron los verdugos y su túnica la echaron a la suerte. En la cruz, sobre la cabeza de Jesús, pusieron este letrero: “Jesús Nazareno, rei de los judíos”.

Jesús, clavado en la cruz, dijo por los que le crucificaban. “Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen!”

Los judíos reunidos en gran número, hacían burla de Jesús, diciendo: ¡A otros ha salvado; sálvese pues a sí mismo, si él es el Cristo, el escogido de Dios!”



Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos también le insultaban y decían: ¡Si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en El!

Uno de los ladrones crucificados blasfemaba también contra Jesús y dijo: “¡Si tú eres el Cristo, sálvate a tí mismo y sálvanos a nosotros! El otro ladrón, al escuchar esta injuria, exclamó: “¡Tú no temes a Dios ni aún estando en el mismo suplicio?” Y en seguida dijo a Jesús: “¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!”

Jesús le contestó: “¡En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso!”

Estaban allí, al pie de la cruz, muchas mujeres que habían seguido a Jesús oyendo sus enseñanzas y ocupándose en servirle. Entre ellas estaban la Virgen María y María Magdalena.

Jesús miró a su Madre y también a Juan, el apóstol, y dijo a aquella, “Mujer, ahí tienes a tu hijo!”

Dijo también al apóstol: “¡Ahí tienes a tu madre!” Por lo cual Juan se encargó de cuidar a la Virgen María.

Más tarde Jesús dijo: “¡Tengo sed!” Los soldados empaparon una esponja en vinagre y, atándola a una caña, aplicáronse a la boca.

La tierra, desde el medio día, se había cubierto de tinieblas. A las tres de la tarde, dijo Jesús: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?”

Poco después, dió un hondo gemido y expiró, diciendo: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! ¡Todo ha concluído!”

Y en el mismo instante el velo del templo se rasgó en dos partes de alto abajo, la tierra tembló y se partieron las piedras y muchos sepulcros se abrieron.

El centurión y los soldados que custodiaban el lugar del suplicio, al ver las cosas que sucedían, se llenaron de espanto y exclamaron: “¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!”

Un senador, llamado José, varón virtuoso y justo, oriundo de Arimatea, se presentó a Pilato y obtuvo de éste que le entregara el cuerpo de Jesús. Haciéndole, pues, descollar de la cruz, le envolvió en un lienzo blanco y le colocó en un sepulcro abierto en peña viva, donde ninguno hasta entonces había sido sepultado. Cerró el sepulcro con una gran piedra y fué.

El día Domingo muy de mañana, cuando todavía estaba obscuro, fué María Magdalena al sepulcro, con las otras piadosas mujeres, llevando los aromas preparados desde el día anterior.

La piedra que cerraba el sepulcro estaba apartada de su sitio. El cuerpo de Jesús había desaparecido. Los lienzos que lo envolvían es-

taban en el suelo. El sudario que habían puesto sobre su rostro estaba doblado en otro lugar.

Las mujeres, al ver esto, quedaron muy consternadas. María Magdalena con las lágrimas en los ojos, se inclinó mirando hacia el interior del sepulcro y, de repente, vió a dos ángeles, vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús.

Los ángeles le dijeron: “Mujer, ¿por qué lloras?”

—Porque se han llevado de aquí a mi Señor, contestó ella, y no sé dónde le han puesto.

Los ángeles replicaron:

—¿Para qué andas buscando entre los muertos al que está vivo?

María Magdalena volvió la cabeza y vió a Jesús que estaba a su lado, pero no le reconoció.

Preguntóle Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”

Ella, suponiendo que fuese el jardinero encargado de cuidar las plantas del sepulcro, le dijo: “¡Señor, si tú le has quitado, dime, dónde le pusiste y yo me lo llevaré!”

—¡María! —dijo Jesús.— Ella, en este instante, le reconoció y dijo: “¡Maestro!”

—No me toques —dijo Jesús,— porque no he subido todavía a mi Padre; mas, anda en busca de mis hermanos y díles estas palabras mías: “¡Subo a mi Padre y vuestro Padre a mi Dios y vuestro Dios!”

María Magdalena y las otras piadosas mujeres volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los apóstoles y discípulos de Jesús, mas ellos las miraron como si estuvieran delirando y no las creyeron.

Pedro, no obstante, fué corriendo al sepulcro y, asomándose a él, vió la mortaja sola allí y se volvió admirado del suceso.

Aventuras de Pepito



1.—Pepito, simpático chico de doce años, inteligente y valiente como pocos, culto y travieso y Chochi su favorito le saluda con un beso.



2.—Chochi — dice Pepito a su perro, — hoy Jueves quiero divertirme mucho y en barca con Pedrin y con Tofito pasaremos por el riachuelo.



3.—¡Caracoles de refrescos! — ¡Chochi ofrezco un plato que aunque no se be con deleite,



6.—¡Favor! ¡socorro! ¡cojan a esa fiera! — exclama el vecino. — En la revuelta que se forma, ruedan vasos, mesas y banquetas y Pepito huye con Chochi a sus talones.



7.—¡Chochi, corramos! No hay otro remedio que huir rápido dice Pepito, pues si nos cogen, seremos nosotros los que pagaremos los vidrios rotos.



8.—Y empieza la dentada de Pepito al jamón, mientras el hombre con se llevan mi jamón.



11.—¡Otro esfuerzo, Chochi! y nos salvamos — dice Pepito. ¡Mira que si nos cogen, acabaremos de muy mala manera. ¡Déjate de limpiarte el hociquito!



12.—¡Qué ciclón! ¡Só Fantoche! dice el pintor a quien Pepito atropella y su ayudante aconseja: Quita al perro el jamón y dále un hueso. ¡No te hará daño!



13.—¡La barca Ya respiro — dice Chochi precioso, gusto por el tocino acaite de ricino!

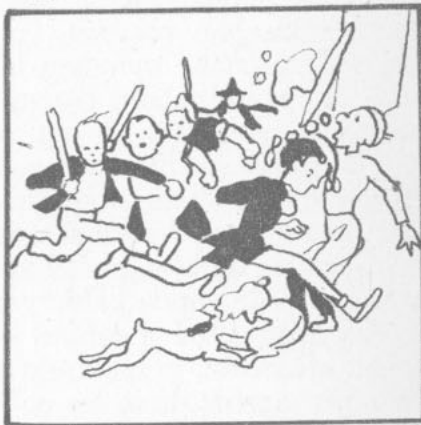
de su perrito "Chochi"



¡Un puesto
siento y a Cho-
y un refresco,
chuletas, lo be-

4.—¡Vaya un jamón! y ¡vaya unos ojillos! los de Chochi pensando en el delicioso bocado. Pienso, límpiame el hociquito que el jamón no llegará a tu nariz.

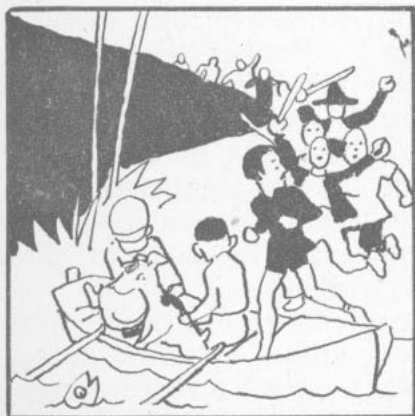
5.—¡Chochi, me pierdes con su genio fiero! — ¡Santo Dios! ha encontrado a aquel perrero que le echó el lazo hace tiempo y hoy le dará la tanda.



una carrera acci-
y su perro con
que se oye gri-
emoción: ¡Que

9.—Entonces Pepito ve la proeza de Chochi, que, corriendo con la pieza parece decir.—Ni siquiera me es permitido echar la lengua afuera.

10.—Y un pobre pastelero que avanzaba en dirección opuesta, no esperaba el empujón del niño, que se aleja después de haber tirado la bandeja.



está a la vista!
Pepito. Anda
me admira tu
¡Ya te daré yo

14.—¡Pedrín! ¡Toñito! ¡prepara los remos que hemos de huir! porque, si no, perderemos el nombre, el pellejo y el jamón que Chochi no quiere soltar.

15.—¡Nos salvamos al fin! Y ahora sumemos los cientos de pesos que debemos: el jamón y los dulces. El destrozo y rememos después con alborozo.

COLABORACION

Todo forastero que llegaba a aquel país, era recibido con una gran risotada por los aduaneros. Y si el forastero al ver y sentir esa risotada, reía también él, todo acababa buenamente ahí. El aduanero le indicaba el camino blanco, liso, lleno de sol: podía entrar libremente en el País de la Sonrisa.

Pero si el extranjero permanecía serio o con cara de aburrido, entonces todo eran molestias para él, molestias de nunca acabar. Los aduaneros revisaban papeles, pasaportes, contraseñas; vaciaban las maletas y examinaban escrupulosamente el contenido, luego meneaban la cabeza, pedían el parecer del Prefecto de Policía y por fin el extranjero que no había sabido sonreír, era invitado a que se volviera a la tierra de donde había venido...

Era la ley: todos debían sonreír constantemente, empezando por el rey. En ciertos días, los calabozos se llenaban de familias enteras a quienes se les había muerto algún pariente. Los que reincidían por más de tres veces en delito de llanto, eran desterrados; los guardias con toda gentileza y sonrientes los acompañaban hasta la frontera y con una gran risotada los enviaban a llorar a otra parte.

La ley era inflexible y, naturalmente habían también descontentos que se reunían secretamente en casas aisladas, en subterráneos y grutas donde podían llorar en coro con toda libertad. Y si alguno de los conjurados puesto de centinela anunciaba algún movimiento sospechoso, ruido de sables o retumbar

de cascos de caballos, al momento todos se ponían a reír... de puro miedo.

Soberano de ese país era el rey Sonriente que tenía un hijo pequeño llamado Sonrisita. Desde hacía algún tiempo el principito tenía preocupado al rey su padre. Cierta día, durante una gran recepción, el principito se había puesto a sollozar desesperadamente. Tamaño delito armó un grandísimo escándalo. Algunas damas de la aristocracia se desmayaron y los coraceros que estaban de guardia, sin saber quién lloraba y creyendo en una afrenta hecha a la ley por algún mal nacido, arremetieron espada en mano contra los invitados que huyeron lanzando grandes risotadas de terror.

En la sala del trono sólo quedaron el rey desplomado sobre su regio asiento, y el principito que seguía llorando como si estuviera divirtiéndose.

La cosa se mantuvo secreta para que no trascendiera al pueblo, y Sonrisita fué encerrado en un cuarto oscuro como castigo.

Pero el principito, desde ese día, permaneció triste. Y muy a menudo era sorprendido suspirando y llorando quedamente. Fueron llamados algunos sabios que observaron, visitaron y estudiaron al principito y cada cual dió un parecer diverso.

Pero Sonrisita continuó siempre triste. Mientras tanto, el pueblo empezó a murmurar y a reclamar su príncipe heredero. El rey se había agarrado el pelo a dos manos

COLABORACION

si lo hubiera tenido; por eso se contentaba con agarrarse la punta de su corona.

Un día el pobre rey, agobiado por sus penurias, se paseaba por el vasto jardín del palacio, cuando divisó al jardinero, un zopenco que nunca entendía nada. Este se adelantó hacia el rey, escupió en el suelo y dijo:

—Si vuestra Majestad quiere, yo puedo curar al principito.

—¿Hablas en serio? preguntó el rey.

—De veras Majestad. En vuestro jardín existe el Arbol de la Sonrisa. Con él sanaré al principito.

—Está bien, replicó el rey.

Convocó el Consejo de Ministros y con ellos y con Sonrisita descendió al jardín donde esperaba el jardinero vestido con su traje de fiesta. El jardinero condujo al rey, al príncipe y a los ministros hasta un árbol que no tenía nada de extraordinario, y parecía un avellano cualquiera.

En seguida se volvió hacia el principito y le dijo:

—Alteza, mire bien este árbol. Es el Arbol de la Sonrisa. ¿No se siente usted alegre?

—¿Qué me voy a sentir alegre! respondió el principito rompiendo a llorar como nunca lo había hecho.

—Espere.

Y mientras Sonrisita berreaba a más y mejor, el jardinero cogió un hacha y cortó una nudosa rama del árbol; luego con un cuchillo cortó las hojas y la pulió cuidadosamente. En seguida mostró la rama pelada al principito:

—Alteza, mire, ¿no le dan ganas de sonreír?

—¡No, no y no! respondió rabiosamente Sonrisita.

—Entonces, ¿tome Alteza!

El jardinero tomó la vara de avellano y produciendo un chasquido en el aire la dejó caer sobre las espaldas del principito. Este trató de esquivar los golpes, pero no podía salir del círculo formado por el rey y los ministros, de manera que los varillazos del jardinero se multiplicaban eficazmente sobre las espaldas de Sonrisita. Y acaeció el milagro.

Sonrisita huyendo de los golpes, estalló de pronto en una carcajada y empezó a reír, a reír, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. El círculo se abrió y el principito huyó por el jardín riendo a más no poder... En todo el día no volvió a llorar.

Cuando el rey quedó solo con el jardinero, le preguntó a éste:

—¿De dónde sacaste este árbol tan maravilloso?

—Es un árbol como todos, Majestad. Y usted puede hacer sonreír al principito cuando se le ocurra. Basta cortar una buena varilla, que sea firme y resistente y deje roncha en el cuerpo del operado con ella.

Pero, ¿cómo se explica que un vapuleo así lo haga reír?

—Sencilísimo Majestad, respondió el jardinero. El principito llora porque tiene ganas de llorar y el llanto lo divierte; si usted lo vapulea en la forma que yo lo he hecho, el dolor lo obligará a reír. ¡Nada más lógico!

Y el rey se marchó tranquilo y contento a sus habitaciones.

José Morando.

CORRESPONDENCIA

ADVERTIMOS A TODOS LOS LECTORCITOS que la correspondencia para esta revista debe ser dirigida a: "Director de "El Colegial" Casilla 6562-Santiago.

TOLIT.—Su cartita muy simpática. Envíe Ud. las colaboraciones que ofrece y si son apropiadas para una revista de niños, las publicaremos. Por supuesto que pueden venir ilustradas, si Ud. así lo desea.

ELENITA.— Remita las fotografías que desea publicar.

EDLITA.— Hemos recibido muchas cartas como la suya, con palabras de aliento y buenos deseos para nuestra revista. Los dibujos que quiere enviar debe hacerlos muy claros. También contestamos su otra pregunta respecto a fotos de "Vida Social". Siempre que se trate de fiestas infantiles, como cumpleaños, té u otra reunión entre niñitos serán publicadas.

ZAREVIT.— Los cuentos que nos envíe hágalos cortos y ojalá los envíe escritos a máquina y por un solo lado. Si no le es posible a máquina, escriba con letra clara. Siem-

pre interesan a los pequeños lectores los cuentecitos de hadas o gnomos.

COLORADITO.— ¡Qué simpático seudónimo eligió Ud! Ya lo creo que le aceptaremos entre nuestro grupo de aficionados a los pasatiempos. Envíe los que ya tiene listos.

ELVAR.— La novelita que Ud. desea ver publicada, trataremos de dársela tan pronto como nos sea posible. También será posible complacerla respecto a la serial de cowboy que tanto le interesa.

Secretario

A LOS LECTORES

Esta revista pone a disposición de todos los niños sus páginas para que colaboren en ella, pudiendo remitir lo que deseen, siempre que sea apropiado para una revista infantil como es esta. Tiene páginas dedicadas a publicación de fotos, entretenimientos, recetas domésticas fáciles para niñitas, etc, etc.

En tiempos muy remotos, la madre Naturaleza sentada al pie de un árbol sobre un tronco que parecía un trono, hacía regalos a todas las aves del cielo que revoloteaban en su presencia. Al pavo real le regaló un plumaje que parecía hecho con los colores del arco iris; al pájaro mosca le dió un plumaje que parecía confeccionado con piedras preciosas, y así, de esta manera, fué adornando a todas las aves de la Creación.

Terminado el reparto de dones, todas las aves agradecieron a madre Naturaleza sus bondades. Entonces se adelantó el martin pescador y se que-

El ave vanidosa

jó de que a él le había tocado un plumaje descolorido y ordinario.

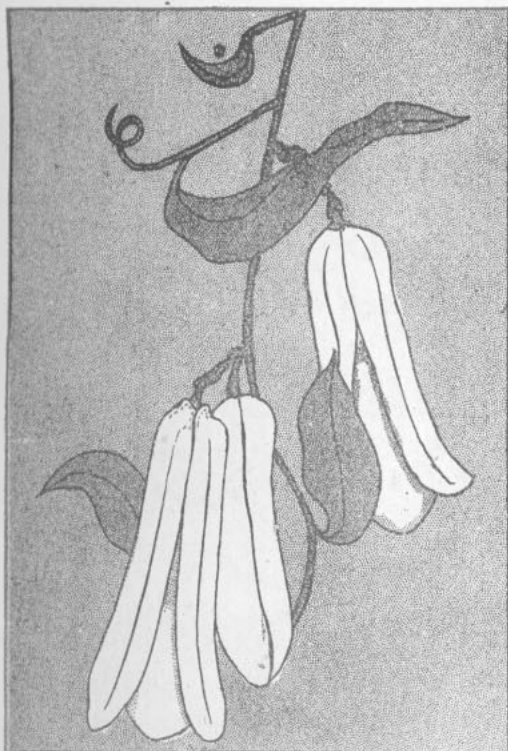
—Bien, le dijo madre



Naturaleza, te cambiaré el plumaje, pero te quitaré la melodiosa voz que te había dado.

Aceptó el martin pescador y en el acto se vió en galanado con un plumaje soberbio que lo llenó de orgullo. Quiso cantar de alegría, pero sólo salió de su garganta un sonido ronco, horrible que espantó a todos los demás pájaros.

Lleno de vergüenza, el martin pescador se fué a ocultar en lo más espeso del bosque y desde entonces vivió solitario hasta nuestros días. La vanidad lo había hecho perder el más hermoso de sus dones: el canto melodioso.



EL COPIHUE

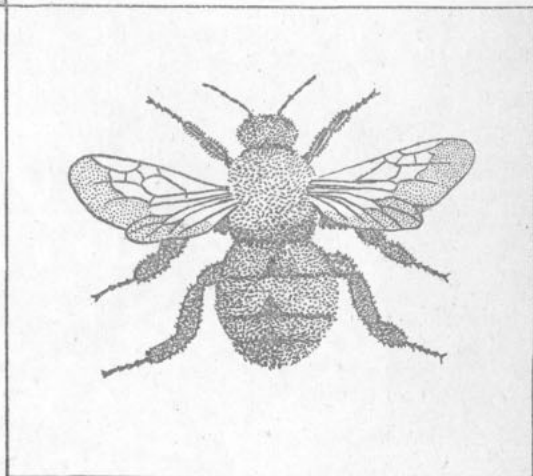
(LAPAGERIA ROSEA R. et PAV.)

Es el Copihue la flor más hermosa y simbólica de nuestra tierra. Su nombre viene de "Copiu", araucano. De color rojo carmín, debido a los compuestos antocianogenados que contiene, cuando estos compuestos son escasos se originan manchas blancas y cuando faltan son enteramente blancos.

El copihue es una enredadera que florece en el Otoño e Invierno pero suelen aparecer aunque aisladas algunas flores, en Verano.

Su fruto es una baya oblongo-aovada, de carne dulce y jugosa en la que están situadas las semillas blanquiscas, se parece al pepino en su forma y es muy sabrosa.

Cuando en Septiembre las hembras han despertado de su sueño invernal empiezan con afán a buscar el lugar apropiado para construir el nido. Elegido el sitio, lo tapizan con musgos y comienzan a construir las celdas con cera. Hecha la celda depositan en ella un huevo y después se dedican a la recolección del polen y néctar de las flores, con las cuales hacen la miel que dejan en las celdas para alimentar a sus hijos. En esta tarea pasan toda la primavera y parte del verano, época en que comienzan a aparecer una segunda generación de machos y hembras y algunas neutras. Las hembras y machos se cruzan para comenzar el nuevo ciclo vital en la primavera siguiente.



LA ABEJA

GENERO BOMBUS, LATR.

